

Fábula de Narciso y Galisteria

Narciso Polifémico poseía la horrible belleza del doble ojo único: uno que miraba hacia afuera para absorber, uno que miraba hacia adentro para excretar. Amaba menos la superficie del agua en que se miraba desde su propio ojo doble que la excreción de ese ojo que, de adentro hacia afuera en círculos concéntricos en expansión sobre la superficie, enturbiaba la imagen en borrosos movimientos impropios. ¿Era suya la imagen? ¿Suya en cuál de ambos sentidos? ¿Era él mismo esa imagen o era otra producto de su excreción? ¿Y era esa excreción el primer motor de la imagen? ¿Lo que la producía o lo que le daba movimiento?

Sus aciertos eran siempre mayores en ese campo poblado de fuentes músicas que en el silencio mosaico de los hablados cotidianos, mal llamados reales. Por tal causa su inexistente filosofía preferida era aquella que se interrogaba sobre la realidad de lo imaginario y lo imaginario de la realidad.

Su ojo doble, sobre un cuerpo dicho de la realidad llamado Galisteria, como sobre un mármol que siglos más tarde o siglos antes tenía en sí lo que un tal Miguel Ángel se ocuparía en develar (o bien podríamos llamarlo desmarmolizar), esculpió lo que ese cuerpo tenía en sí a ser esculpido sobre la superficie del agua enturbiada por círculos concéntricos en expansión. Semejante acto ilusorio a menudo llamado realidad lo llevó a constatar, en ese oxímoron patafísico *avant la lettre* llamado filosofía empírica, que, o bien los círculos podían no acaecer perpetuamente concéntricos, o bien, concéntricos y todo, tendían a desaparecer mucho antes de llegar al infinito.

Por eso se ahogó en la realidad llamada fuente de lo posible.